

ciudades y se declarará impotente; poned al más fino policía en el campo y se hallará despistado. Porque los unos triunfan por su conocimiento de montes y vericuetos, por el terror que la leyenda les presta, por el pavor que el solo uniforme inspira; y los otros vencen por la astucia, por la habilidad, por la indagación callada y misteriosa. Y así como va desapareciendo el bandidismo heroico, nótese cómo también va desapareciendo la gendarmería en sus primitivas funciones, y de policía pesquisidora, va convirtiéndose en instrumento de Fomento y de Gobernación, propio á guarda de intereses forestales y contención de políticas algaradas...

IV

La clasificación de los tres factores, de Ferri, no nos parece mal; la admitimos. Pero existe una marcada tendencia á exagerar la influencia de los factores naturales. Se desconoce que si la fuerza de los hechos sociales proviene de ahí, la dirección de esa fuerza procede de otra parte. O lo que es lo mismo: que en muchos actos, los factores determinantes, lejos de ser determinantes

son apropiados y adaptados por los agentes. Parece lo contrario, y de ahí el error. Se dice de un producto que es resultado de lo siguiente: 1.º, el clima y la estación; 2.º, la raza y la salud; 3.º, la dirección del fabricante. Pero se puede decir igualmente que la página que escribo resulta de estas tres condiciones: 1.ª, la existencia de papel, tinta y pluma; 2.ª, el buen estado de mi mano, no paralizada; 3.ª, mi conocimiento del arte de escribir y mi voluntad de escribir.

Hagamos aplicación de lo dicho. Lacasagne hace constar en su *Calendario criminal* que el máximun de los crímenes contra las personas se realiza en junio; y el mínimun de los crímenes contra la propiedad en junio y julio. ¿Será causa de esto la temperatura? Según Ferri, sí; la prueba es que tal fenómeno se da en los meses más calurosos, en los años más calurosos, en las provincias más calurosas, con preferencia á los demás meses, años y provincias.

Y esto es un error. Es un error, porque el calor será una explicación, en cierta medida, de una *parte* del exceso de crímenes, pero sólo de una parte, y quizás de una parte insignificante. La verdadera causa

está en la civilización. La historia lo demuestra: la dulzura de costumbres en las regiones del Norte, data de poco, porque es reciente también la emigración hacia ellas de la civilización. Estudiemos si no los tiempos de la Roma decadente ó de las cruzadas contra los albigenses, y veremos cómo en las regiones del Norte precisamente abundan y predominan los crímenes de sangre. Depende tal criminalidad en tan poca medida del clima y de la raza, que en un mismo país, sin cambio de raza ni de clima, dulcificase el trato humano al civilizarse, y tórnase feroz y sanguinario al tornar á la barbarie. Cuando la civilización griega florecía en el Mediodía de Italia, y la civilización galo-romana en el Mediodía de Francia, y la civilización árabe en el Mediodía de España, ¿dónde, si no en el Norte, eran sanguinarias las costumbres?

Se puede preguntar si en todo caso esta emigración de la civilización obedece á causas físicas... Y contestamos que tampoco; que son históricas, que son sociales. Mientras que una infinidad de invenciones y descubrimientos permanecían inactivos y se perdían en las regiones de su cuna, otras regiones utilizábanlos en su dura lucha con

la Naturaleza, más ingrata aquí y más rebelde que en aquellas otras meridionales. Así, la civilización ha ido pasando poco á poco de unas á otras. Y aquellos hombres del Norte más fuertes y más mostrados á la lucha, hánse encontrado más aptos para realizar la inmensa balumba de inventos que la complejidad de la civilización hace surgir cada día...

No sólo no tiene influjo ninguno, ó poquísimos, la región en la criminalidad; no lo tiene tampoco la estación. Hay más crímenes sangrientos en el verano: conforme. Pero es que en el verano las relaciones sociales son más ceñidas, se vive más *al exterior*; se viaja, se frecuenta más los sitios públicos, se vive más fuera de casa. Con esto las pasiones y la actividad nerviosa se sobreexcitan más y más, como más se sobreexcitan en los pueblos que en las aldeas, en las ciudades que en los pueblos, y en las grandes capitales que en las ciudades; es decir, á medida que aumenta la *densidad social*.

De todos los crímenes contra las personas, los más manifestamente influidos por la temperatura, al parecer, son los atentados contra el pudor. Estacionarios en Fe-

*Este delito es el que más aumenta
tanto los crímenes como el número
que se hallan en la zona.*

brero, ascienden en Marzo y descienden en Abril; la misma marcha sigue la curva anual de la temperatura. Pues bien, nada más falso. Todo estriba en la densidad de la población, en la intensidad de la vida urbana, en la complejidad de las relaciones sociales. En las grandes ciudades, tales como Lyon, ó en sus alrededores, en el Norte ó en el Mediodía, no importa, es donde estos atentados adquieren su máximun; en las regiones despobladas, aunque sean meridionales, su mínimun. Se ha notado que crecen en proporción á la elevación del día más bien que á la elevación de la temperatura. Y, ¿cómo podrá influir en esto la duración del día si no es por la prolongación paralela de la actividad social y de la multiplicación del comercio entre los sexos?

Lo mismo se puede decir de los crímenes contra la propiedad. Aumentan en invierno. Pero, ¿porque el frío hace ladrones? Sería una temeridad afirmarlo. Porque hay más escasez de subsistencias que en otra alguna estación. Nuestro principal alimento consiste en cereales; desde la transición de la fase pastoral á la fase agrícola, recolectamos y aprovisionamos en el verano para el invierno. ¿Sucederá lo mismo en los pue-

blos pastores? No; ni tampoco en los cazadores. En los cazadores, la estación de caza es el invierno, en el invierno se *recolecta*, y por eso es de presumir que sea en el verano la época de los robos y latrocinios.

Las mismas influencias sociales obran en materia de matrimonios, mortalidad, etc. La ley de la adaptación de que antes hablábamos se cumple aquí en todas sus partes. Se llega á un punto en la civilización, en que lejos de violentar la naturaleza, aunque esto sea posible, se tiende á acomodarse á ella. Sucede esto en la industria, en la agricultura, en el arte militar: cuanto más progresan, más se ponen de acuerdo con el medio. Pero conformarnos así con la naturaleza, es, en cierto modo, adaptar la naturaleza á nosotros, y no se sigue de esto que la naturaleza influya en los trabajos industriales ó de otro género. De este modo á medida que el matrimonio, por ejemplo, se hace cosa artificial y de transcendencia social, tanto más son tenidas en cuenta las condiciones de una unión conveniente, de una herencia sana. Desde hace medio siglo, se ha comprendido en Europa las ventajas de un matrimonio más primerizo que antaño, y desde entonces las estadísticas com-

prueban que efectivamente se ha tomado en cuenta el beneficio.

¿No sucedará lo mismo en la criminalidad? Al paso que el delito se convierte en industria, y en industria de habilidad, más los criminales, aún los más feroces é impulsivos, saben aguardar la hora, elegir el sitio, preparar las circunstancias más favorables. Y bien; todo esto, ¿cómo ha de probar que tales circunstancias son las determinantes? Es tanto más verdad lo que decimos, cuanto se comprueba que el crimen habitual ó profesional crece (las estadísticas de reincidencia lo proclaman de un modo abrumador), mientras que el crimen ocasional desciende. ¿Qué vagamundo de profesión no se las compone de manera á merodear en la estación apacible, y tener techo y alimento en la prisión durante el otoño y el invierno? La reincidencia á que hemos aludido, es uno de los fenómenos más graves y calamitosos de los tiempos modernos.

Mas pruebas: las guerras tienen lugar en la primavera, con tanta regularidad como los homicidios en verano. ¿Es que influye la temperatura? No; es porque se ve la conveniencia de que sean en esta estación y no en otra; es por la misma razón por-

que los molinos están á las orillas de los ríos y los altos hornos en las cuencas mineras.

La cuestión de los factores no es sólo cosa de la criminalología; es problema que se plantea también en las demás ciencias sociales: religión, lingüística, estética, economía. Y en todos estos ramos está demostrado, completamente demostrado, (véanse, por ejemplo, las más recientes obras de lingüística), el predominio de los factores sociales sobre todos los demás factores. En este respecto, Montesquieu ha sido vencido definitivamente. ¿Por qué si no la teoría de Taine de la acción combinada del clima, la raza y el momento, teoría de la cual la teoría de los penalistas italianos no es sino una aplicación á la criminalidad; por qué no ha satisfecho las exigencias de los historiadores? Porque su autor (que en sus últimos trabajos ya prescindía de ella) no ha reservado parte suficiente á la iniciativa individual, á los impulsos del genio, y sobre todo, á las condiciones sociales de su aparición, de su desarrollo y de su fecundidad (1).

(1) De los mismos factores que Taine se sirvió también Alfred Michiels para explicar el arte flamenco, en su *Historia de la pintura flamenca y holan-*

En cuanto á las influencias biológicas, baste decir, que á su vez las circunstancias biológicas son en último término resultado de las circunstancias sociales. Además, las excitaciones al crimen, excitaciones de origen social ó de otro cualquier origen, no arraigan sino en individuos orgánicamente predispuestos á recibirlos. Lo que se llama por los positivistas, Ferri, por ejemplo, la raza, no es sino la resultante de causas históricas, la herencia acumulada de los hábitos sociales.

Pero, ¿cómo explicar la influencia psicológica del sexo? La criminalidad femenina es realmente inferior á la masculina. En las escuelas—observan Roussel y Marro—de

desa, tan singularmente parecida á la *Filosofía del arte*, del ilustre crítico.

He aquí algunos capítulos del libro de Michiels: I. *Influencia del clima de Bélgica y de Holanda sobre la pintura.*—II. *Influencia del suelo de Bélgica y de Holanda sobre la pintura.*—III. *Influencia de la raza sobre la pintura en Bélgica y en Holanda.*—IV. *Influencia de las ideas sobre la pintura en Bélgica y en Holanda.*—V. *Acción de las circunstancias históricas.*—VI. *Influencia de los grandes hombres.*—VII. *Influencia de la multitud*, etc.

Histoire de la peinture flamande et hollandaise, Tomo I. París, 1847.

cien muchachos, nueve ó diez son castigados por hurtos; de cien muchachas, *ni una*. De cien niños, cincuenta y cuatro son castigados por riñas; de cien niñas, diecisiete. Esto prueba tanto más la superioridad de la mujer, cuanto que se manifiesta principalmente este fenómeno en la infancia y en medios rurales, es decir, antes de que el contacto con el hombre, á través de la vida, la haya pervertido. La estadística inglesa de la criminalidad de los menores condenados de 1861 á 1881, demuestra que la criminalidad de las niñas es la *sexta* parte de la de los muchachos; y de los adultos, la *mitad* ó la *tercera* parte; y según Mayr, la estadística de Baviera, demuestra también que la participación de las mujeres en el delito es mayor en las poblaciones urbanas, y de éstas, en las más densas. (1)

Estas observaciones mismas demuestran que la influencia fisiológica, á pesar de su pujanza innegable, es neutralizada y cubierta por las influencias sociales. Notemos á este respecto una particularidad de la estadística: el número de mujeres muertas por el rayo, es dos veces menor que el de los hombres. ¿Por qué? ¿Por la vida más sedentaria y casera de la mujer? Sea lo que

(1) En el camino albedad también una forma de la actividad humana, pero natural que en aquella, mayor actividad mental que en mayor fuerza física.

fuere, es indudable que se deberá, no á circunstancias físicas, á circunstancias ciertamente de la vida social.

Demostrado así ligeramente el inmenso predominio de los fenómenos sociales, ¿cómo explicaremos estos fenómenos? Todo tiene su explicación en la imitación; todo se basa en el ejemplo. Se engendra ó no por imitación (y las estadísticas lo demuestran); nos suicidamos por imitación; nos batimos porque *así se hace*. ¿Cómo no se ha de matar y robar por imitación? Observad las muchedumbres y veréis en toda su fuerza esta ley universal. Elementos heterogéneos, las más discordantes clases y personas, mézclanse en las calles en días de revuelta; surge una chispa de pasión, y rápidamente se propaga á todos los espíritus, y todos los espíritus se mueven á una, y sienten lo mismo y cometen los mismos atropellos. Se olvidan los sentimientos particulares; se es arrastrado por la ola arrolladora. Tal que vino por curiosidad, es ganado de repente por la fiebre colectiva; tal que acudía para impedir un desmán, comete las más grandes atrocidades. No hacen falta pruebas; una sospecha basta; y la suspicacia toma cuerpo, y gana á la muchedumbre,

y se convierte en acusación formidable, y la víctima es derribada, arrastrada, asesinada.

Y ¡cuántos de esos justicieros populares, en tiempos tranquilos y en sus casas no hubieran condenado sino después de largas meditaciones y largo examen de pruebas!

La imitación recíproca, cuando se ejerce sobre creencias *parecidas* y en general sobre estados psicológicos *semejantes*, es verdadera multiplicación de la intensidad de esas creencias. Cuando al imitarse diversas personas, cambian estados *diferentes*, y uno comunica á otro el gusto por la música wagneriana, y éste á aquél el de la novela naturalista; en ese caso estas personas establecen entre sí un lazo de mutua asimilación. Pero en el caso primero la asimilación es una *complicación* del estado interior—y ahí el efecto de la civilización,—y en el segundo es una *reafirmación* de la vida interna.

Hagamos aplicación de la teoría.—El ejemplo de un hombre cualquiera, como la atracción de un cuerpo, irradia á su alrededor, pero con intensidad que decrece á medida que aumenta la distancia de los hombres tocados por esta irradiación. Se entiende aquí la distancia no *geométrica*,

sino *psicológica*; las cartas, los periódicos, los libros, disminuyen la distancia. Así, puede ocurrir que el ejemplo de toda una sociedad, sea neutralizado en un joven perverso, por el ejemplo de sus compañeros; y así, no lejos de las grandes ciudades, se encuentran pueblos, poco relacionados con ellas, donde las costumbres antiguas se conservan en toda su pureza.

Concretemos más. Obsérvese que por insignificante y humilde que sea un hombre, su repetido trato no deja de imprimir en las más altas personas una cierta vaga tendencia á copiarle: la prueba está en el contagio de los *dejos*. El señor más soberbio, si vive sólo en el campo con sus criados, acabará por imitarlos, poco ó mucho, en algo, en el tono de la voz, en las maneras, en las locuciones.

El cuerpo frío envía así calor al más caliente. Y por más que esta influencia sea minúscula comparada con la inversa, no debe ser descuidada—y menos por el historiador;—no debe de ningún modo descuidarse el influjo de los esclavos sobre los señores, de los niños sobre los adultos, de los pobres sobre los ricos, de los labriegos sobre los ciudadanos, de los provincianos sobre los

cortezanos. Y si el cambio de estos ejemplos es *hoy* desigual, propende, sin embargo, á una nivelación universal, análoga á la uniformidad de temperatura que la irradiación calórica de los cuerpos tiende á establecer. Esa es la obra de la civilización.

Sucede muy amenudo que el poder político ó militar de una nación se encuentra en manos de los más pobres en ejemplos moralizadores; y en ese caso, la nación ó clase subordinada á ellos, juzgándose superior se limita á soportarlos, pero sin asimilarse. De aquí la serie de insurrecciones, motines y trastornos que á tales pueblos perturban. Porque el director político ó el vencedor, lo que, ante todo, quieren, á sabiendas ó indeliberadamente, es ser copiados, imitados, reproducidos; y no creen en la realidad de su gestión política ó de su victoria si tal cosa no se realiza: tan gran verdad es que el contagio es la verdadera acción social. Por eso se esfuerzan en imprimir al subordinado no sólo su yugo, sino su tipo; ejemplo, Felipe II y los moriscos. Lo malo (es decir, lo bueno) es que á no tratarse de un exterminio completo, la imitación es poco profunda en estos casos. Y siempre, siempre el *superior social*, ó sea el más rico

en ideas civilizadoras, acaba por vencer y sobreponerse...

¿Queréis ver los efectos de la imitación? Entrad en la casa de un campesino.

No hay un objeto, una cosa cualquiera, quinqué, escopeta, cuadros, traje, que no haya comenzado por ser cosa de lujo de un rey ó jefe guerrero, y después de los señores, y después de los propietarios, y después de los vecinos acomodados. Pues que el labriego hable: y no tendrá una idea, un sentimiento, una noción que no haya venido desde las alturas sociales á las humildes chozas.

He aquí la utilidad de las jerarquías sociales: propagan las prácticas civilizadoras. Si ha progresado la industria, y la difusión de idénticos gustos é idénticas ideas ha sido posible y fácil, ¿á qué se debe sino á las antiguas desigualdades? El movimiento no se detiene. Ha desaparecido la nobleza, cierto; pero su obra es continuada por las grandes capitales. La nobleza, en su apogeo, se destaca por el genio, por el lujo, por la generosidad, por el valor, por la cortesía; su espíritu es emprendedor y aventurero; sus empresas audaces. Pero no se logran todos estos superiores dones, sino á cambio de un

tributo superior también rendido á la locura, al crimen, al suicidio, á los nacimientos ilegítimos, á los vicios, á las enfermedades de todo género...

Las capitales de hoy no son ni menos emprendedoras, ni menos lujosas, ni menos ruinosas, ni menos geniales y novadoras que la antigua aristocracia. El mismo egoísmo y la misma insolencia las anima; á las provincias devuelven en desprecio la apasionada admiración que éstas les tributan; las tratan precisamente como los señores de antaño á los villanos; y como los villanos, las provincias se dan por muy contentas con pagar las deudas y los caprichos de sus ídolos. La misma menor natalidad aquí que allí; y la misma más acusada mortalidad y contribución á la locura y al suicidio. Y así como la aristocracia pereció por sus propios é internos males, perecerá esta nueva aristocracia de las capitales por los males que las desmedran: por la tuberculosis, por la sífilis, por el alcoholismo, por la mendicidad, por la prostitución...

Deducimos, pues: los vicios y crímenes que hoy el pueblo tiene y comete, han caído de lo alto. La embriaguez fué un vicio aristocrático: seguramente que los reyes

homéricos libaban más que sus vasallos. Lo mismo del uso del tabaco. Y lo mismo de la irreligión del pueblo actual; y lo propio del envenenamiento, que fué un tiempo el crimen de los magnates y hoy es el crimen de los tontos. Todo ha sido patrimonio de los grandes; y si en el pueblo había criminales extraordinarios, la leyenda misma y el terror los ennoblecían. De ahí la raza heroica del «bandido generoso».

La nobleza ha propagado al pueblo sus crímenes y se ha atraído los elementos audaces del pueblo. Pues la misma propaganda y atracción ejercen hoy las capitales. Irradian á los pueblos sus monstruosidades y traen á sí la gente aviesa de los pueblos. Parecerá este espurgo un beneficio para las provincias, pero neutralízase con la irradiación antedicha, y aun sobrepuja en mucho sus efectos. Porque las capitales, así como envían á provincias sus modas y gustos, mandanles también sus crímenes y vicios. Las variedades de robo ó de homicidio que el genio del mal inventa, véense de este modo implantarse primero en las capitales y extenderse después por toda la nación. Así, la serie de cadáveres cortados en pedazos, se ha iniciado en 1876 con el crimen Bi-

lloir, y se ha localizado largo tiempo en París, en Marsella, en Tolosa, y ha continuado después por Nièvre, por Loir-et-Cher, por Eure-et-Loir.—Y lo mismo la práctica femenina del vitriolo.

El crimen es un hecho social singularísimo, es cierto. Pero en último término, un hecho como cualquiera otro. Es una forma de la actividad, sujeta, como todas, á las leyes de la imitación. Se transforma, se desarrolla, se modifica como las demás acciones humanas.

Toda iniciativa individual, toda manera privativa de sentir, de pensar, de hacer, puestas en circulación por un hombre, tienden á propagarse por moda primero, y á cristalizarse luego en costumbre. No hay innovación literaria que generalizada, no se recubra de aspecto clásico y tome aires de tradición. Ocurre esto con los dogmas filosóficos ó artísticos, con la lengua, con las costumbres, con los sentimientos morales ó inmorales. ¡Cuántos pobres salvajes de Africa, donde la embriaguez es hoy una pública institución, no han recibido hace cien años el primer sorbo de alcohol con muecas de repugnancia! ¡Qué necedad tan estupenda el duelo, y cuán profundamente arraigado

en la opinión! Autorizad un vicio ó un delito con la capa de la tradición y la práctica de innumerables generaciones, y tendrá á los ojos de todos benévola excusa y en los tribunales, tolerancia.

El crimen, tanto como la acción honesta, confórmase á esta ley de progresión y persistencia que gobierna el mundo social.

Resumen:

La criminalidad supone, como cualquier otro ramo de la actividad social, condiciones fisiológicas y aun físicas; pero al igual que la industria, por ejemplo, se explica por las leyes de la imitación, y por la imitación se explican sus formas locales y sus formas históricas, y se explica su distribución geográfica y su proporcionalidad.

El delito es producto del individuo, sí, pero del individuo, «tal como la sociedad lo crea á su imagen y lo fomenta»; del individuo tanto más idéntico á él mismo, «hasta cierto punto al menos», cuanto más asimilado está á otro individuo, y tanto más voluntario y consciente, cuanto más impresionable á los ejemplos; como el pulmón es tanto más fuerte cuanto respira mejor.

No negamos que en más á menos medida las provocaciones físicas ó fisiológicas deter-

minan la voluntad; pero su acción, «no siendo más que parcial», no impide la responsabilidad del delincuente. «Al contrario, concurren ellas mismas por su parte á demostrar que es responsable». Si solas, enteramente solas obrasen en el individuo, no sería el individuo responsable socialmente, porque se convertiría en un ser profundamente extraño á la sociedad de los otros hombres; «pero podría continuar siendo responsable individualmente». Faltaría la condición de *semejanza*, pero permanecería la de *identidad*, «requerida ante todo».